

# **“La mala hora que la niña Martina se soñó va a ser una tarde de jueves”<sup>1</sup>: el Caribe y su ser en la obra de Gabriel García Márquez**

**Andrea Juliana Enciso Mancilla**

Pontificia Universidad Javeriana

“Todo era idéntico a los recuerdos, pero más reducido y pobre, y arrasado por un ventarrón de fatalidad: las mismas casas carcomidas, los techos de cinc perforados por el óxido, el camellón con los escombros de las bancas de granito y los almendros tristes, y todo transfigurado por aquel polvo invisible que engañaba la vista y calcinaba la piel”.

Gabriel García Márquez

“Sé que tengo que morir/ no sé ni donde ni cuando/ mientras mi alma tenga vida yo seguiré parrandeando/ (...) No dejen pasar el tiempo/ porque se va y no regresa /miren que la vida es corta/ y después de esta no hay otra”.

Alejo Durán

## **Resumen**

En la obra de Gabriel García Márquez la presencia del Caribe no sólo se perfila como un lugar geográfico, sino como una manera específica de ser y de sentir que se circunscribe a los relatos fundacionales presentes en sus personajes y los lugares que constituyen su trabajo. Entre los elementos que cabe destacar de esta manera de ser y de sentir, está la preeminencia de las matriarcas como cohesionadoras de la colectividad y soporte de la vida práctica, el amor como centro de sentido de la existencia, el dominio del sueño y la premonición dentro del sistema epistemológico de la vida diaria, el papel de los sentidos en la integración del sujeto al universo desde la experiencia del espacio siempre múltiple y por último, la relación de los ancestros con el presente y la imaginación. De este modo, aunque su obra es un tributo a una condición específica, la propuesta garciamarquiana es una promesa para los soñadores de todo el mundo que encuentran en sus libros un lugar donde el pasado y la imaginación hacen posible crear un enclave para la esperanza.

**Palabras claves:** García Márquez, Caribe, matriarca, amor, sueño, sentidos, memoria, ancestros.

## **“THE BAD MOMENT THAT MISS MARTINA DREAMT OF IS GOING TO BE A THURSDAY AFTERNOON”: THE CARIBBEAN AND ITS NATURE IN THE WORK OF GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ**

---

<sup>1</sup> El título corresponde a una frase escuchada años atrás por la autora en el marco de una conversación familiar bajo la sombra de un árbol de mamón en el patio de la casa materna.

## Abstract

In the work of Gabriel García Márquez the presence of the Caribbean is not only portrayed as a geographical place, but also as a specific way to be and to feel evident in the foundational narratives from the characters, and also in the places that constitute their work. Among the elements that are likely to emphasize from this way of being and feeling is the preeminence of matriarchs as bonders of the community and pillars of the practical life; love is seen as the main reason of existence; the power of dream and premonition within the epistemological system of daily life; the role of senses in the integration subject-universe from the experience of the always plural space; and finally, the relation between ancestors - present time-imagination. Thus, although his work is a tribute to a specific condition, the garciamarquian proposal is a promise for worldwide dreamers who find in his books a place where past and imagination allow the possibility for hope to be.

**Key words:** García Márquez, Caribbean, matriarchs, love, dream, senses, memory, ancestors.

Pequeño es un mapa para encontrar el Caribe presente en las calles marcadas por la herrumbre del tiempo y los caprichos de la memoria que suelen otorgar el rostro de la vida y los espacios que nos han de poblar hasta la vejez. Tal es el caso de la tierra presente en la obra García Márquez, donde el ser Caribe como todo hecho esencial en la vida de un hombre y en especial de un escritor, es una profunda nostalgia circunscrita a los relatos de fundación presentes en el cuerpo de sus personajes y los lugares que constituyen su trabajo. Basta con volver a sus páginas para hallar el tiempo profundo de los ancestros donde las contundentes sentencias de las matriarcas, el amor como punto cohesionador de la existencia, la verdad del sueño, los sentidos como puerta de ingreso al universo y el testimonio azul de un cielo que no olvida sus deudas ni con el polvo y la sangre de generaciones que recuerdan a los de su estirpe, permiten ingresar al universo siempre vívido y fantasmagórico del Caribe sólo traducible desde la distancia tal como lo muestra el autor en la trayectoria de su trabajo.

Del material de la memoria, por cierto colectiva como suele pasar en estas tierras *El coronel no tiene quien le escriba* (1962), *La increíble y triste historia de la cándida Eréndida y su abuela desalmada* (1972), *Cien años de soledad* (1967), *Crónica de una muerte anunciada* (1981), *Ojos de perro azul* (1974), *El amor en los tiempos del cólera* (1985), *El general en su laberinto* (1989), *Del amor y otros demonios* (1994), *Vivir para contarla* (2002), sin contar otras obras de su prolífica producción, son un tributo a esta forma de construir el Caribe desde el ceño entreverado de sus mujeres.

Úrsula y su inquebrantable voluntad al lado de José Arcadio Buendía, lejos de la provincia que conoce cada uno de sus secretos, es una de las figuras fundadoras del relato colectivo. Aunque transformada de espina dorsal a muñequita que pasa de mano en mano entre los relatos de una tradición que va olvidando sus orígenes, es la representación tácita de esa visión inalienable de las mujeres como centro de la tradición y el sentido de una

colectividad que, al olvidar sus raíces, puede degenerar en los hijos con cola de cerdo. Ella es la metáfora del relato que sabe –razón por la cual los hijos del clan regresan una y otra vez a escuchar bajo la sombra de los majestuosos árboles a sus matriarcas– que la razón de la existencia reside en la cohesión de la colectividad desde el ejercicio atento de escucha de los relatos orales transmitidos por las mujeres mayores de la familia. Ser Caribe es entonces, una dignidad basada en el sentido colectivo de la vida. Dignidad que se halla en la capacidad de comprender la razón de los castigos, la voluntad de los muertos y el precio de las traiciones que sólo tiene validez en el peso de la palabra de estas mujeres. En *Cien años de Soledad*, la maldición de los hijos con pérdida de rasgos de humanidad, es sólo posible cuando la voz mayor se ha acallado y el ritmo de la modernidad ha devorado el solitario relato de los que ya probablemente no volverán a entender quienes son. Ser caribe no es un gusto, es un recuerdo a veces bueno, a veces malo –como todo lo que se es y no se decide– que llega en ciertas noches, que se revive en las palabras quedas y espesas de las ancianas.

Pero así como el sentido de la vida en largo y corto tiempo de la razón ancestral reside en el relato femenino, la supervivencia y la cabeza en alto en medio de los vientos de la escasez, está también en la fortaleza de estas mujeres, tal como el mismo autor nos relata en *Vivir para contarla* respecto a la entrañable relación con su madre:

Sentía por ella, más que un amor filial comprensible, una admiración pasmosa por su carácter de leona callada pero feroz frente a la adversidad, y por su relación con Dios, que no parecía de sumisión sino de combate. Dos virtudes ejemplares que le infundieron en la vida una confianza que nunca le falló. (171).

Calles oleosas y mañanas como el azote azul de la arena de los que nadie recuerda golpeando los anjeos y las tejas de zinc, mientras alguien coloca la cabeza en alto para no sucumbir a las desgracias de la pobreza, las podemos encontrar en el *Coronel no tiene quien le escriba*, donde es precisamente la figura de la mujer quien mantiene aún en las vicisitudes propias de la vejez, la posibilidad de no morir de hambre, pasando si es necesario sobre el orgullo masculino, hartado de promesas e historias de otra época que dan pie para soñar en la esperanza –encarnada en un gallo de pelea– de un mejor presente:

–Se le puede hablar por la mañana –admitió el coronel–  
–Nada de hablar por la mañana –precisó ella– le llevas ahora mismo el reloj, se lo pones en la mesa y le dices: “Álvaro, aquí le traigo este reloj para que me lo compre”. El entenderá en seguida.  
El coronel se sintió desgraciado. (49).

También ser Caribe es comprender que la vida –esa que tiene la marca de los recuerdos y a su vez la sentencia presta de los días– es caminar entre las aguas del pragmatismo para no morir y las del sueño para recordar por qué se vive. Almendros en las plazas y los camellones derruidos por la molicie del trópico, es también el diálogo interminable entre hombres que leen las noticias bajo la sombra y mujeres que saben del ritmo de cada uno de los pájaros de la provincia, así como lo que hay y no hay en sus cocinas.

Y así como la cocina es el centro del universo de las mujeres y el corredor por donde cobran luz los sueños ajenos, el amor es el punto cohesionador en medio de la dureza del Caribe, transformando la fe en la promesa dada por el otro en el motor que permite ascender al cielo en cuerpo y en alma (Remedios, la bella), padecer los llamados de Garcilazo o de Oduúa en las paredes del fortín de las clarisas (Sierva María y Cayetano Delaura) o retar el desgaste del tiempo aún sobre el cuerpo cansino de dos viejos que cumplen su promesa después de más de medio siglo, para darnos así la posibilidad de ser netamente humanos, aun encima del rigor social que prometen las normas listas para ser quebrantadas por la voluntad de los que se aman.

A diferencia de lo que se cree, llevar el mar o la brisa en las venas, es creer que lo mejor de sí –aunque el cuerpo se celebre constantemente, en el baile, en el recorrido furtivo de las pieles ajenas, en los sancochos proverbiales, en la hora en que las señoras de la casa duermen y las locas y los borrachos pueden sembrar sus palabras para recordar que la vida no es un luto sin conclusiones– está en el cumplimiento de esa promesa siempre ardiente del encuentro con el que se ama. Ser Caribe como Cayetano Delaura (aunque español de nacimiento y Caribe desde su progenie) o Florentino Ariza, es saber que el amor real es una espera, para la cual tan sólo los que se dan cita comprenden que el sentido de todo el universo reside en un objeto o un gesto. Y, aunque todos los sepan –norma imprescindible de los amores que juegan debajo de las convenciones del qué dirán– el origen de un buen relato reside en la perseverancia –aunque los sentidos encuentren en ocasiones sus rutas de escape– de un corazón que siempre vuelve devoto al amante.

*Del amor en los tiempos del cólera*, donde la espera o el sacrificio son el centro de la promesa que da vida como a los buenos vallenatos las leyendas de familiares, este fragmento:

(...) Era como si se hubieran saltado el arduo calvario de la vida conyugal, y hubieran ido sin más vueltas al grano del amor. Transcurrían en silencio como dos viejos esposos escaldados por la vida, más allá de las trampas de la pasión, más allá de las burlas brutales de las ilusiones y los espejismos de los desengaños: más allá del amor. Pues habían vivido juntos lo bastante para darse cuenta de que el amor era el amor en cualquier tiempo y en cualquier parte, pero más denso cuando más cerca de la muerte. (470).

Pero así como se cumplen las promesas de amor, se deben respetar los mensajes de la noche, pues es común para los hijos del Caribe, entender que no hay un punto de discusión con una mujer de la familia cuando algo ha sido soñado, pues los anuncios de los muertos, siempre son verdad, según el punto de vista desde donde se les interprete, ya que el sueño o las señales casi siempre en elementos naturales, más que la realidad, son premonición, en tanto por ser primero relatados y no vividos, están en franca ventaja frente a las noticias o a los hechos verídicos con los que se espanta la tranquilidad de las horas de la siesta.

La presencia del sueño y el augurio como elementos cohesionadores del universo fenomenológico del Caribe, son bastamente referenciados en su obra como elementos

imprescindibles para la comprensión del destino de sus personajes. Como bien lo anota en *Vivir para contarla*, al referirse a la imagen de su abuela Tranquilina:

Se imaginaba desgracias que tarde o temprano sucedían, presentía quien iba a llegar de Riohacha con un sombrero blanco, o de Manaure con un cólico que sólo podía curarse con hiel de gallinazo pues además de profeta de oficio era curandera furtiva.

Tenía un sistema muy personal para interpretar los sueños propios y ajenos que regían la conducta diaria de cada uno de nosotros y determinaban la vida de la casa... (95)

El sueño y el augurio en el Caribe –razón por la cual este lugar se transforma en un territorio de lo fantástico para muchos que olvidan que la vida de todo tiene un poco– es la reiteración de la presencia de lo sobrenatural en los elementos propios de la vida cotidiana, transformando la existencia, no sólo en un relato, sino en una lectura que muestra sus terribles marcas, aún antes del desenlace. Rastros evidentes del sueño y el augurio, los encontramos en la interpretación del sueño de la madre previo a las trágicas horas de Santiago Nasar, en la saña del destino de Eréndida y su fallida interpretación del sueño que señala su destino en una carta, la broma del coronel con respecto a la interpretación del recado nocturno por parte de su mujer y el error de los muertos aún sobre su aviso, la nieve de lo irreparable en la imagen compartida por el sacerdote y la pequeña endemoniada en la celda de Santa Clara, el final del pueblo dilucidado en las noches de sopor de Úrsula, o los amores que se dan cita en los sueños por la imposibilidad de encontrar en la vida real un punto de encuentro, son algunos de los casos presentes en la obra garciamarquiana, donde todo lo esencial gravita en el territorio onírico, ya que los hombres sólo pueden entender su magnitud real cuando la razón no los interrumpe y las mujeres comprenden el precio de sus vivos en el graznido de las María Mulatas en sus árboles.

Pero si ser Caribe es un acto de abrir las puertas de par en par para la realidad y la magia, pensar en sus espacios es permitir el ingreso del universo entero por los sentidos, saberse en todos los lugares por el aviso de las marcas de salitre en el aire, el grajo penetrante que se mezcla con las dádivas de los mercados, los azahares en flor o la melaza que irrumpe por las fosas nasales cuando el reloj del portal marca las doce, no es sólo una cuestión de prisas levantadas por el sol o los vientos de diciembre que prometen los mares de leva suscitados por el divino, nada de eso, pertenecer al espacio con la entraña de hombres y mujeres de este lugar es comprender que el cuerpo a cada instante está acechante a la señal de lo que se ama, porque nacer bajo las señales de la provincia es entender que no hay espacio para el sinsentido, ya que todo se abraza con la intensidad del relato o el lenguaje que hace vivo un paisaje o un recuerdo escrito, como bien es la hazaña de la buena literatura. Así como amar, estar, describir es desbordante en el trabajo del Nobel de 1982, la orfebrería de su lenguaje es una ventana a esta manera de percibir propia de la región, tal como vemos en todas sus obras. Sería imposible asir la atmósfera propia de su trabajo sin la habilidad de crear imágenes desde la descripción presente en sus libros; sólo baste recordar los espacios de los pueblos en *La Hojarasca* o en *la increíble y triste historia de la cándida Eréndida* o la ciudad presente en *El amor en los tiempos del cólera*, donde la lectura se transforma en un ejercicio para el cuerpo.

Mas así como las versiones de los sentidos o de los sueños siempre varían, la memoria de ésta tierra nunca es una, dando como resultado espacios varios donde cada uno de sus personajes encuentra el destino de sus odios o sus amores. Distinta es la nostalgia de la Cartagena esclavista abandonada a su suerte, en su triste algarabía de dama arreglada para blanca más siempre luciendo en contra de su voluntad vívida como una mulata, que encontramos en *El amor de los tiempos del cólera* y *Del amor y otros demonios* –aunque son dos siglos de diferencia dentro de los marcos usados por el autor– a las tierras del ensueño azul de la sierra nevada o el calor infernal de los pueblos internos de la costa, donde todavía la inocencia azuza en la precariedad de sus condiciones. De estos últimos se pueden recordar los viajes internos por la costa Caribe presentes en *Cien años de soledad* (Macondo), o los pueblos ardientes de la peregrinación por la desgracia de la adolescente explotada por su abuela para el pago de una utópica fortuna, o los lugares que por última vez visita el libertador antes de su aciago reposo en la quinta de San Pedro Alejandrino, a las afueras de Santa Marta, curiosamente comiendo mango treinta años antes de que la fruta hindú llegase al Caribe colombiano.

Pero así como ser Caribe es un tributo constante a la multiplicidad, a la reiteración del pacto con la vida, a la pertenencia a una tribu o a una familia que comparte sus señales y fantasmas, es también tener una alta deuda con la imaginación y la memoria para poder seguir hallando en las experiencias de la vida un lugar para los que siguen viviendo en nuestros recuerdos. Es realmente ahí donde el mundo de García Márquez cobra toda su vigencia, no sólo para los nacidos en el Caribe, sino para los soñadores de otras tierras: hacer de los fantasmas y las señales del mundo habitual, un lugar de enclave para la esperanza y permitir que la metáfora de fantasear la existencia sea vigente para los lectores y creadores de todos los confines del planeta que encuentran el Caribe –que es ante todo una posibilidad– en los recodos de su trabajo.

### **Bibliografía:**

#### **Del autor:**

- García Márquez, Gabriel (2002). *Vivir para contarla*. Bogotá: Norma.
- García Márquez, Gabriel (1984). *Cien Años de Soledad*. Bogotá: Oveja Negra.
- García Márquez, Gabriel (1985). *El amor en los tiempos del cólera*. Bogotá: Oveja negra.
- García Márquez, Gabriel (2005). *Del amor y otros demonios*. Bogotá: Norma.
- García Márquez, Gabriel (1983). *Crónica de una muerte anunciada*. Bogotá: Oveja Negra.
- García Márquez, Gabriel (1975). *El coronel no tiene quien le escriba*. Buenos Aires: Sudamericana.
- García Márquez, Gabriel (1972). *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada*. Hermes: México.

#### **Referencia:**

- Durán, Alejo (2000). *Tres grandes del acordeón: Alejo Durán, Enrique Díaz y Miguel Duran*. Discos Victoria: Medellín.